

Capítulo 177

«Entonces, nos vemos en el banquete».

«Entendido».

Después de que Alon se despidiera definitivamente y se marchara...

«Hoo...»

Carmaxes III soltó un profundo suspiro y se alisó el pecho con alivio.

¿Un rey sintiéndose tenso mientras hablaba con un simple noble? Si alguien lo oyera, se burlaría de lo ridículo que sonaba. Sin embargo, la idea de que el marqués Palatio pudiera ser en realidad un Dios Sabio lo dejó paralizado.

... Por supuesto, seguía sin saberse si el marqués Palatio era realmente un dios sabio.

Con ese pensamiento, Carmaxes desvió la mirada.

«¿Qué te ha parecido?».

Por fin había llegado el momento de escuchar la verdad de Teyra, quien afirmaba haber reconocido a un Dios Sabio.

Y entonces...

«... ¿Estás bien?».

Carmaxes III no pudo evitar preguntar.

Teyra, que no había mostrado ningún interés particular hasta la llegada del marqués Palatio,

ahora estaba completamente pálido, como si toda la energía se hubiera escapado de su cuerpo.

Al ver la expresión desconcertada de Carmaxes III, Teyra dejó escapar un suspiro antes de separar lentamente los labios.

«Estoy bien. Es solo que he visto algo... increíble».

«¿Algo increíble?».

«Sí. Ni siquiera yo puedo comprenderlo».

«Algo incomprensible?

Mientras Carmaxes III fruncía el ceño, Teyra respiró profundamente varias veces antes de hablar por fin.

«... En pocas palabras, el marqués Palatio parece ser un dios sabio».

Se produjo un breve silencio.



La voz de Carmax se quebró al hablar.

«¿Estás... seguro?».

«Sí, lo vi con mis propios ojos. El poder que el Dios Sabio ejercía cuando visité la tierra de los Hombres Lagarto, él también lo posee. Sin embargo, lo curioso es que...».

«... ¿Extraño?».

«Las esferas. Había cuatro».

«... ¿Qué significa eso exactamente?».

Teyra se quedó en silencio, perdido en sus pensamientos, antes de comenzar su explicación.

Y al cabo de un rato...

«... Entonces, según tus palabras, ¿el Dios Sabio que viste en la tierra de los hombres lagarto solo tenía un orbe encadenado, mientras que el marqués Palatio tenía cuatro?».

«Sí».

«¿Qué significa el número de orbes?».



Ante la pregunta de Carmaxes III, Teyra negó con la cabeza.

«Lo siento, pero no puedo darte una respuesta definitiva. Al fin y al cabo, solo me he encontrado con un Dios Sabio aquella vez...».

«... Entonces, ¿qué puedes especular?».

«Lo que puedo especular es...»

Teyra dudó brevemente antes de mirar fijamente a Carmaxes.

«Cuantas más esferas se tengan, más fuertes se es».

«¿Cuantos más orbes tengan?».

«Cuando estuve en la tierra de los hombres lagarto, una vez vi a su guerrero más fuerte. Tenía dos orbes».

Por supuesto, Teyra se apresuró a añadir que se trataba de orbes normales, como los que tienen las personas comunes, no los encadenados. Luego, inclinó la cabeza.

«Por supuesto, mi teoría podría estar equivocada, pero si lo pensamos bien, el número de orbes podría indicar la fuerza o el talento».

«... Fuerza o talento, ¿eh? Entonces, si tu especulación es correcta, y el Dios Sabio que viste solo tenía un orbe, mientras que el marqués Palatio posee cuatro...».



A medida que el murmullo de Carmaxes se desvanecía, la tensión en la sala aumentaba.

«... Si mi hipótesis es correcta, podría ser incluso más fuerte que el Dios Sabio que vi en la tierra de los Hombres Lagarto».

Ante esta impactante revelación, Carmaxes III abrió lentamente la boca.

Poco después de que terminara la audiencia con Carmaxes III...

«¿Por qué me llamó tan pronto como llegué?».

A Alon le pareció extraño que Carmaxes III lo hubiera convocado solo para programar el banquete.

Normalmente, esos asuntos los gestionaba un enviado, en lugar de una reunión directa.

En sentido estricto, ni siquiera era una invitación, sino más bien un aviso unilateral de que el banquete se celebraría a una hora determinada.

En cualquier caso, Alon solo reflexionó brevemente sobre la repentina convocatoria.

iPum!

«¡Maestro!».



Seolrang apareció de repente en el techo del carroaje con un fuerte golpe.

En el momento en que el carroaje de Alon se acercó al edificio del gremio, Seolrang saltó del techo al carroaje en movimiento.

«Si hubieras esperado dentro del edificio, yo habría subido».

«¡Podríamos subir juntos!».

Seolrang se inclinó hacia Alon, con los ojos brillantes.

Luego, aguzando el oído como si anticipara algo, lo miró fijamente.

Alon reconoció la señal familiar y le acarició suavemente las orejas.

Seolrang simplemente sonrió con satisfacción.

Al verlo, Alon, inconscientemente, esbozó una pequeña sonrisa y le dio dos palmaditas en la cabeza.

Mientras subía por el edificio, Alon se sintió aliviado.

«Al principio estaba preocupado, pero...».

Cuando llegaron al desierto, Alon recordó algo que había olvidado debido a su estado mental.



Que, al llegar a la colonia, finalmente tendría que darle una respuesta a Seolrang sobre su propuesta, pospuesta durante tanto tiempo.

Durante un tiempo, dudó sobre qué hacer. Pero al llegar a la colonia, sus preocupaciones se disiparon.

Porque, aunque Seolrang estaba más amistosa que nunca, no había sacado el tema en absoluto.

Al principio, le pareció extraño, pero luego se preguntó si finalmente había aprendido a distinguir entre «gustar» y «amar».

Su cambio era innegable: estaba madurando, tanto mental como emocionalmente, como un niño que se convierte en adulto.

Al entrar en el gremio, los dos se saludaron.

Entonces, de repente, Seolrang se volvió hacia la ventana y se detuvo.

«¿Hmm?»

Ella miró a Alon y le sonrió alegremente.

«¡Ah, maestro! ¡Ahora mismo vuelvo!».

«¿A dónde vas?».

«¡Tengo un asunto que resolver en el castillo real!».



«De acuerdo, adelante».

«¡De acuerdo! ¡Volveré pronto, maestro!».

Con un estallido crepitante de rayos, Seolrang salió corriendo.

Al verla desaparecer, la expresión de Alon se transformó en la de un padre que ve salir a jugar a su hija.

—Marqués.

Poco después, Evan lo llamó.

«¿Qué pasa?».

«Ah, ¿recuerdas esa petición que hiciste? La tengo aquí».

«¿Ya se ha completado la investigación?».

«Bueno, ha pasado más de un mes desde que lo pediste, así que han tenido tiempo de sobra».

Sin dudarlo, Alon desplegó el papel que Evan le había entregado.

«Hmm...».



«Pero, marqués».

«¿Qué pasa?».

«¿Por qué estás investigando esto? En realidad no nos concierne, ¿verdad?».

Era una pregunta razonable.

La lista que Alon había solicitado contenía información sobre varias organizaciones clandestinas y facciones secretas que operaban dentro del Reino Aliado.

Antes de que comenzara la historia original, estos grupos habían permanecido ocultos, sin que se conociera su ubicación. Pero cuando los Cinco Grandes Pecados comenzaron a emerger, estas facciones también aparecieron, sumiendo al Reino Aliado en el caos.

En otras palabras, en ese momento aún no habían salido a la luz por completo, por lo que la curiosidad de Evan era comprensible.

En momentos como este...

«Es solo... eso».

«Eso, ¿eh?».

«Sí, eso».

Como siempre, Alon dio la misma respuesta vaga.



«Sí... Me imaginaba que dirías algo así».

Evan se encogió de hombros, como si no esperara mucho.

«¿Ah, sí?»

«Bueno, marqués, a veces tiendes a hacer cosas que no entiendo».

«¿No sientes curiosidad?».

«Sí, pero probablemente sea algo de lo que no puedes hablar, ¿verdad?».

«Mmm...».

No era que no pudiera hablar de ello, sino que no se sentía seguro de poder explicarlo adecuadamente. Justo cuando Alon pensaba esto, Evan añadió:

«Bueno, si es demasiado difícil de explicar, no tienes por qué hacerlo. No es que escuchar una o dos de estas cosas vaya a cambiar nada para mí».

«¿De verdad?».

«Por supuesto. Aunque hagas cosas que no entiendo, sé que no estás haciendo nada malo».

Alon sintió una extraña sensación de satisfacción por las palabras de confianza de Evan.



Entonces, Evan esbozó de repente una sonrisa pícara y susurró:

«Marqués».

«¿Qué pasa?».

«Si mi salario volviera a aumentar, lo agradecería de todo corazón».

«Acabas de arruinar mi momento sentimental».

«Vaya, debería haber esperado un poco más para sacarlo a colación, ¿no?».

La cara de Evan estaba llena de una sonrisa despreocupada.

Poco después, se despidió y salió de la habitación.

Ahora, el silencio llenaba el espacio.

[Miau...]

Alon acarició distraídamente a Blackie, que estaba agotado por el exceso de cariño que le había dado Seolrang anteriormente.

Reunió sus pensamientos.



«Ahora mismo, en lo que tengo que centrarme son los enemigos que sacudirán el Reino Aliado y los Apóstoles».

Los enemigos que amenazan al Reino Aliado... se les puede hacer frente.

Aunque aún no se hubieran revelado, seguían operando en las sombras. Comprar inteligencia al gremio de la información facilitaría bastante su manejo.

Pero el verdadero problema eran los Apóstoles.

«Al principio, esperaba que solo fuera paranoia, pero...».

En el momento en que confirmó que incluso Rine estaba involucrada con los Apóstoles, Alon lo tuvo claro.

Todos los niños que había salvado hasta ahora, sin excepción, ya estaban involucrados con los Apóstoles antes de que él interviniera.

Eso significaba que los Apóstoles podían aparecer ante cualquier otro niño en cualquier momento.

Esto era lo que le preocupaba.

«... Si tan solo supiera dónde están los apóstoles».

Por desgracia, ese era un deseo imposible.



Alon no tenía forma de identificar quiénes eran los Apóstoles y, gracias a sus batallas pasadas y a la información que había recopilado, había aprendido que solo se revelaban cuando intentaban despertar a un «Recipiente».

Eso significaba que nadie, ni siquiera el gremio de la información, podía rastrear su paradero.

«Así que, al final, lo único que puedo hacer es responder cada vez que aparecen... ¿De verdad no hay ninguna manera?».

Solo el profundo suspiro de Alon resonaba en la silenciosa habitación.

Aquella noche.

Tras no llegar a ninguna conclusión concreta, Alon se dirigió finalmente al palacio real para disfrutar del banquete, tal y como le había invitado Carmaxes III.

«... Esta noche asistiré al banquete, conoceré a Kyrlus y luego recogeré lo que se supone que debo recibir de los Dragones».

Alon, que ya se había familiarizado bastante con el palacio real, pronto llegó al salón de banquetes que Carmaxes III había preparado.

Pero en cuanto entró, una pregunta le vino a la mente.

Seolrang, que se había marchado ese mismo día alegando que tenía asuntos que atender en el palacio real, no aparecía por ninguna parte.



«¿A dónde se fue Seolrang?».

Su asiento vacío destacaba.

Alon ladeó la cabeza, confundido, pero pronto centró su atención en Carmaxes III, inclinándose respetuosamente.

«Saludo al rey de la colonia».

El mismo saludo de siempre.

Sin embargo...

—Ah, ya ha llegado, marqués Palatio.

El tono cortés de Carmaxes III, algo que Alon había oído una vez antes, resonó en sus oídos.

Al enderezarse tras la reverencia, el rostro de Alon mostró un destello apenas perceptible de desconcierto.

«Por favor, siéntate».

«... ीीीीीीीीीीीीीीीी

Fue una noche que comenzó en medio de una confusión total.



Mientras tanto, bajo la luna azul

Mirando fijamente las calles oscuras, donde no se veía ni una sola luz, Rine murmuró inconscientemente las palabras que Alon le había dicho ese mismo día.

«El pasado no es más que el pasado...».

Ya había repetido esas palabras tantas veces, pero se encontró a sí misma diciéndolas una vez más.

Y al hacerlo, una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Para ser sinceros, escuchar esas palabras no había provocado ningún cambio significativo en el corazón de Rine.

Seguía teniendo miedo de su pasado. Este seguía atormentándola, atormentándola y llenándola de pavor.

Por mucho que Alon la tranquilizara, para ella el pasado seguía siendo algo que deseaba olvidar.

Sus palabras no habían llegado del todo al fondo de su corazón.

Su pasado aún se aferraba a ella.



Pero, aun así, la razón por la que había sido capaz de sonreír en ese momento era sencilla:

Era por la expresión de Alon.

Una expresión que tal vez ni él mismo era plenamente consciente de tener.

Pero era inconfundible.

Su habitual rostro inexpresivo había sido sustituido por uno lleno de...

«Preocupación».

Una expresión que, se mirara como se mirara, estaba llena de preocupación.

Y estaba dirigida a ella.

Eso, para Rine, era algo increíblemente alegre.

... Tanto que no quería perderlo nunca.

No quería que los lastres de su pasado empañaran su relación actual.

Por eso...

No, ni siquiera necesito decírtelo. Solo tienes que tomar una decisión. Eres lo suficientemente inteligente como para saberlo, ¿no? Que tu biblioteca tiene muchos más espacios ocultos de los que crees.

Recordó la voz del Apóstol de la Codicia.

Una voz en la que ni siquiera quería pensar.

Y, sin embargo, hablaba de un posible camino a seguir...

una forma de liberarse de las cadenas del pasado y seguir adelante.

Durante mucho tiempo, contempló la luna azul.

Sus ojos, reflejando su tono, brillaban con un tono azul aún más profundo y vivo.

En las lejanas afueras, lejos de la colonia

En un lugar donde parecía imposible encontrar nada...

un páramo árido de desierto infinito—

«Te encontré».

«¡¿Qué?!»



El elfo Draim, que había estado siguiendo discretamente a Alon para protegerlo,

ahora se encontraba indefenso, con el cuello fuertemente agarrado por la mano cargada de rayos de Seolrang.

«Estabas espiando al maestro, ¿verdad?».

—¡Guh...!

Con una expresión de puro asombro, la miró fijamente.